

Luis Alberto Sánchez

Nasca

(Un desierto, mil supersticiones y una cultura extinta. Preludio para una interpretación del arenal).



No sé cómo, de pronto, desaparecieron los linderos de todo, y no hubo sino arena, arena en torno. Era la sensación exacta de un naufragio, pero en tierra firme. Por donde tendiera la mirada, arena, arena movediza, y, de cuando en cuando, un puñado de algarrobos, una palmera, y el viento que zumba y riza el arenal, y las dunas cambiantes, y una sensación de fatiga, que al principio es descanso, y luego, en un crescendo imprevisto, arriba al tedio y llega a la exasperación. Da ganas de gritar para que no lo oiga nadie a uno. Se pierde hasta el impulso de escrutar el horizonte, porque la arena anega el alma. Pero, en medio de tal monotonía y tal angustia, vi pasar a los siglos y entendí lo que antes no había entendido, a través de muchos viajes por los aires, por la tierra, por el mar.

EL VIAJE Y LOS VIAJES

¿Cuántas veces, sobre todo en los últimos meses, partí del Perú, rumbo siempre al Perú? Persuadido de encontrar un secreto sutil y aprehensible, numerosas auroras me sorprendieron con el rostro tenso y la mirada vigilante puesta en el horizonte, mientras avanzaba el avión, el auto o el ferrocarril. Porque estar no es conocer, y sólo se conoce viviendo, y sólo se vive en el movimiento constante, que es comparación y mudanza, tránsito y partida siempre.

Busqué la clave del Perú en mil caminos. La busqué por América, y, afinando, afinando, me acerqué a su secreto por distintas rutas, en distintas zonas, hasta que un día llegué a Nasca. Y ese día tuve en mis manos la sensación de que había asido lo inasible, de que era dueño de un secreto, de que tenía en mi poder la clave anhelada, la clave del Perú; y, quien sabe, si a través de ella, algo de la clave de América.

No es una disgresión lírica, ni una divagación romántica. Sufro la desventura del amputamiento lírico. Sobrellevo la carga de cerrar sistemáticamente los oídos a la incitación poética, porque, tal vez, temo que el acento lírico me gane y no haya dique entonces para contener tanta vida callada, tantos silencios que arden en deseos de tornarse en lenguas para decir sus no adivinadas congojas y alegrías. Yendo en busca de un grupo de compañeros de lucha, tropecé, al paso, con la clave para in-

terpretar el Perú. Desde la forzada lejanía, quiero revivir lo mío a través de aquel viaje, «el viaje» para mí, porque en algunas horas tuve la sensación exacta de mil errores y de mil poemáticas consejas. Y de la historia también.

ICA, REGION DE BRUJERIO

Cuenta el Obispo Lizárraga, en su «Descripción y Población de las Indias», escrita allá por el año 1700 y publicada sólo hace menos de 30 años, por Serrano y Sanz, en Madrid; y por Romero, en Lima; cuenta el andariego Obispo que los españoles, cuando fundaron Lima, exploraron atentamente los amenos valles propincuos y, según su apetito y su hambre, fueron denominando sus rincones. Ya Cieza de León—cincuenta años antes—en la primera parte de su «Crónica del Perú», reflejara exactamente tal actitud al no recordar de las tierras por las cuales marchaba, sino el número, color y fecundidad de los valles, como un escribano que recuenta baratijas y alhajas en el inventario de un mercader venido a menos. Pues, el Obispo Lizárraga, refiriéndose a Cañete, pueblecito inmediato a Lima,—antes que el terremoto de 1648, acabara con el trigo de la costa peruana—lo singularizó con un refrán: «En Cañete, toma pan y vete». Y siguiendo hacia el sur, a apenas unas cuantas leguas, al tropezar con otro valle fecundo en vid, el Obispo recogió otro decir: «En Ica, hincha la bota y pica». Y desde entonces, Ica fué eso:

la bota del Perú, pero, hinchada la bota del vino sabroso de Ica, el viajero o el terrateniente, «picaba», alejándose a disfrutar de las ganancias en distintas tierras.

En Ica, un poco hacia el sudoeste, se encuentra Nasca.

MERCANTILISMO Y AGRICULTURA

A medida que avanzo escribiendo, veo mejor lo que, sin saberlo, me proponía decir al iniciarlo. Hay quienes no se lanzan a componer ensayo, libro o artículo, sino después de tener muy bien trazado el plan. Y hacen bien. No pensaría así un «surrealista», pero ¿quién le hace caso a André Breton, a pesar de que se le imita tanto? No actúo ya en plan surrealista. Estoy liberándome—término freudiano—estoy liberándome de una meditación y de una deuda.

Ica se parece a Chile por ciertas extensas propiedades, por el tono señorial de los terratenientes, por la agricultura, por la vid, por los vinos; mas no por el algodón que empieza a derrotar a los viñedos. Además, hay extensa zona de pequeña propiedad, al lado de los mermados latifundios que han engendrado una aristocracia un tanto zamba, contrastando con la sajona, germana y española que predomina en Chile.

Para la economía y la historia peruana, Ica no es sino algodón y vid. El feudalismo peruano no vió sino el aprovechamiento de eso: lo que habían cultivado los indios, lo que rápidamente captaron los españoles. Pero, tanto sabio señor de horca y cuchillo, jamás pudo ad-

vertir que Ica es el departamento llamado a ser el Manchester peruano por la abundancia de hierro y carbón que hay en su seno. Marcona es la denominación de un cerro en donde hay estupendos yacimientos de hierro, que, naturalmente, ya están siendo objeto de la codicia de compañías extranjeras. El feudalismo criollo prefiere la renta del arriendo o la venta, a la ganancia que proporciona la industria.

Sobre el terreno mismo, supe y comprobé cómo la inercia esclaviza y amengua. Y que la teoría mercantilista del comprar y vender apenas si ha enverdecido ligeramente con la fisiocracia, incorporada, recién ahora, tras 100 años de explotación industrial, a la economía señorial peruana.

Marcona está en el camino entre Ica y Nasca. Yo no sabía todo lo que iba a ver ahí. También pasé cerca de Ocucaje, feudo viñatero típico. Y frente a un retazo redivivo del Africa, en donde los negros bozales todavía bailan al son del tambor, en derredor del fuego. La leyenda venía a distraerme de los descabros del feudalismo criollo.

EMPIEZA LA LEYENDA Y CONCLUYE EN TRAGEDIA

Ica está en medio de un inmenso arenal. Es un verdadero oasis. Nasca se encuentra más allá, en medio de otro arenal. La historia dice que Nasca fué cuna de la primera gran civilización peruana antes de los Incas. Los más lindos vasos decorados, los huacos más her-

mosos, la mejor cerámica preincaica se encuentran en las ruinas de Nasca. Las telas más preciosas, de dibujos perfectos son las de Nasca. La platería y la orfebrería más pulida también la trabajaron los nasqueños. Indios de la más pura cepa, del más rancio abolengo poblaron aquella región. ¿Podría entrar algo semejante, ahora que viajaba en pos de hermanos en ideal y de viejas historias?

Ningún yermo tan yermo como aquella soledad inmensa. Trabajosamente avanzaba el auto por entre la arena, siguiendo una huella imprecisa, abriendo la suya propia. Un poco pionero y otro poco misionero, iba oteando el horizonte y examinando aquella tristeza desgarradora del paisaje desamparado, bajo un cielo pálido.

De pronto, una caseta de viejas y carcomidas maderas, latas mohosas, cordeles; y dentro de la caseta, una cruz con todos los ornamentos de las cruces viejas: gallo, calaveras, misterios, clavos. Al pie de la cruz, un lamparín claudicante, y bajo el lamparín, un azafate en que se veían algunas monedas, una botella de aceite, unos fósforos, qué sé yo.

—«Cruz del chino».

Interrogué al guía. Ahí, hacía sesenta o setenta años, fué asesinado un coolí esclavo por otro compañero que le robó. El cadáver sólo fué descubierto semanas después. Lo enterraron bajo la arena y plantaron esa cruz. Por piedad, los viajeros se descubrían ante la cruz que recordaba el crimen. Luego, fué obligatorio quitar-

se el sombrero. Más tarde, ya era necesario, dejar una limosna. Por fin, quien no lo hiciera perecería en el camino.

—¿De suerte que el chino aquel es un santo?

—No, compañero, no. El no hace milagros, pero hay que dejarle algo, porque, si no, pasa algo malo en el camino.

—Bendita génesis del mito: aquí tenemos a un pobre chino anónimo comenzando a ser Orfeo o Hércules...

Más allá, «Cinco cruces». Ahí fusilaron, en una misma noche, a cinco bandoleros. Toda esa zona fué campo propio de los salteadores de caminos. Hay en los caminos de Ica, en mi Perú, más cruces que en un cementerio. Acaso, por eso mismo, bajo la arena, Ica es como un cementerio aun.

Recuerdo entonces que antes de salir de Ica visité la iglesia de Luren. Cada octubre, sale en procesión el Señor. Tiene fama de milagroso y realizar prodigios sin cuento. Pero, un incendio irrespetuoso devoró la imagen del Señor de Luren. El párroco industrial se apresuró a restaurarlo. Pero, el imperito pintor cubrió con tantas capas de pintura la imagen chamuscada, que el Señor engordó notablemente. Los campesinos concurren cada año, pero, moviendo la cabeza, esperan cada día menos prodigios. Ya no es el mismo el Señor. Y el fetichismo se adentra de tal modo ahí, que las gentes cultas, asienten, convencidas:

—El Señor es otro; ya no hace tantos milagros.

Yo pienso en la «Cruz del chino», en «Cinco cruces», en los relatos de aparecidos, en la influencia de bandoleros y de negros, en la desventaja del feudalismo y el estatismo rural, mientras allá, a lo lejos, entre las palmeras de un oasis asoman unas torrecillas. Africa se anima. Piafa el auto, vorazmente. Se borran los recuerdos de negros y bandidos, de aparecidos y milagros. «Tierra, tierra» balbuce nuestro Rodrigo de Triana desde lo alto de su impaciencia. El Puerto se llama San Javier.

DE LOS BANDOLEROS REPUBLICANOS A LOS FRAILES COLONIALES

Pero, las torres estaban deshabitadas, como más allá. otras torres semejantes. Se alzan ágiles y complicadas a la vez. El barroco moldeó aquellos adornos difíciles. Columnas salomónicas se retuercen en ansiedad, cabe ménsulas decorativas. Mudo, el campanario. Clavada la puerta. Pero, yedra viviente, trepamos por los muros aledaños y penetramos para admirar la prodigiosa ruina de una nave desierta y de un altar desportillado, del cual fugó el oro y el dorado en manos irreverentes de terrateniente venido a menos.

En un rincón, yacen, polvorientos y descuidados, enormes cuadros sagrados. Nadie los tocó desde hace muchos años atrás. Tampoco, aquel cabriolet republicano ni aquella calesa colonial que han tomado la sacristía por cochera. En el coro adviértense claras

huellas de grandeza extinta. Pero, no hay nadie que celebre oficios en esta iglesia solemne, que los jesuítas tuvieran antaño, antes su expulsión, ocurrida en 1767.

Los jesuítas eran hacendados, señores feudales también, terratenientes. Cultivaban la tierra y fabricaban vinos. Los saboreaban y los vendían. Eran muy ricos. Poseían media América, todo el Paraguay. Cuando Carlos III ordenó su expulsión, dejaron abandonados sus tesoros y muertas sus iglesias. Tomó el Estado para sí aquellos bienes inmensos, pero, como el Estado era tan inestable no faltó Presidente de la República, de esos que duraban lo que un pestañear, que se apoderase de los dineros jesuíticos. Y así, el hacendado Elías de Ica, que, por un azar llegó a la Presidencia de la República, durante algunos meses, inició sus operaciones públicas, adjudicándose en compra, real o simulada, un bien del Estado en San Javier. Compró la iglesia, los santos, las tierras, los enseres, los ganados, el órgano, las campanas, la fe también. Cuando, bajo el empuje del inmigrante, la aristocracia territorial peruana vino a menos, los descendientes de Elías vendieron iglesia, tierras, ganado, campanas, órgano, fe, a un italiano—Della Borda.—Y así hoy, como símbolo de muchas creencias y consejas antiguas y del poderío virreinal, la iglesia jesuítica de San Javier es un depósito de los hacendados inmigrantes Della Borda.

Seguimos hacia Nasca.

Hemos cancelado ya la Colonia.



NASCA, LA GRANDE

Unos cerros oscuros anuncian el valle. En los paredones inmensas inscripciones en piedra anuncian el lugar y el pensamiento de la región. «Por aquí se entra a Nasca Aprista», dice uno de los cartelones aquellos. Avanzamos. De pronto, asoma el pueblo. Entramos por una calle larga, cruzamos ante una escuela, y las ruinas están más allá.

Nasca, saqueada por mil comisiones científicas, conserva sus dos grandes huacas: la del norte y la del sur. La del norte es la rica, ahí está la fortaleza. La del sur es la pobre: sus huacos son imperfectos, las telas halladas ahí valen muy poco. Compruébase la existencia de castas sociales en las necrópolis mismas.

El vallecito está todo cultivado. Los cultivos son los mismos que en tiempos de los Incas. Hay algodón, mucho algodón. Los campos están tachonados de copos blanquísimos. Los viajeros vamos robándole un poco de ese vellón a las plantas, y llenamos con flor de algodón nuestros bolsillos. Aquí existió la cuna de la civilización incaica.

El regadío es perfecto. Nos explican y nos muestran: las aguas son traídas por los intactos acueductos de los Incas. Los esteros están regulados por una legislación consuetudinaria perfecta, Ricardo Peredes nos explica: para captar las aguas, los incas tenían procedimientos increíbles. En primer lugar, jamás tomaban las

aguas de los ríos mismos; aprovechaban las vertientes subterráneas, que iban engrosando, poco a poco, el caudal hasta formar un manantial poderoso. Y las aguas corrían por un túnel de mampostería, por el que un hombre podía pasar, a fin de limpiarlo cuando fuese necesario. Desembocaban en lagunas o esteros, en donde abrevan ahora los ganados.

Nasca vive ordenadamente, dignamente. Con desconocido señorío no tolera que nadie holle su paz. Todos son pequeños propietarios. La propiedad se halla parcelada considerablemente. Nasca tiene conciencia histórica. No en vano fué sede de una cultura. Cuando asoman, en el huaqueo, los vasos de finísima cerámica, uno se maravilla de cómo tantos investigadores no hayan estudiado como se debiera, la expresión en los huacos. Lehmann, por ejemplo, que fantaseó a su arbitrio, pudo y debió hacerlo. Tal vez un antropólogo como Metrau logre un estudio semejante. A Tello le falta imaginación estética, sobrándole documentación, intuición histórica y fantasía científica.

Pero Nasca, también tiene su leyenda.

VISAMBRO CONTRA LETEO

Los griegos creían en las aguas del Leteo, remanso para recuerdos pertinaces. Los nascas poseen sus aguas de Visambro. Este es un manantial formado por las aguas aportadas por el acueducto incaico. Visambro es cristalino, fresco, cantarín. Fluye de su vertiente, sin

ruido, manso y sereno, son un aire alegre y apacible de huaco milenario. Los huacos tienen también ese rictus jubiloso y, a la par, tranquilo.

—Beba, compañero; quien bebe las aguas del Visambro, no se olvida más de Nasca. Y vuelve, volverá... Bébala usted...

He aputado sorbos plenos de agua de Visambro, en las palmas de mis manos, ávidamente. Ya bebí las aguas del Visambro. Ahora regreso a Ica. Paso por Palpa y su placita de portales ufanos. Nos hundimos, de nuevo en el arenal. Jadea el motor toda la noche, bajo una luna pegajosa por grande y amarillenta. Luna del Caribe, gorda, saltarina, anaranjada. Andamos por los vericuetos y altibajos de Chillo grande. Dejamos atrás Las Trancas, Ocucaje. Entramos por entre alamedas a Ica. Y es como un retorno de todo el pasado: Preincas, Incas, Colonia, Jesuítas, república, bandidos, fetichismo, negros esclavos, chinos cristianizados, policías, política de hoy, aprismo, todo ha ocurrido en unas cuantas horas; agua y arena; carbón inexplorable y algodón exprimido; hierro ocioso y viñedos trabajados... Recuerdo al fraile Lizárraga, el de 1600, y su refrán: «En Ica, hincha la bota y pica»... Ah, fraile goloso... Bebedor de vino, no conociste el agua de Visambro.

Ya que no sobre mis pasos, vuelvo sobre mis recuerdos.

Nasca: ¡agua de Visambro!